

racionalistas, ha hecho á Cristo tal como es hoy.

El racionalismo necesita decir una palabra que retire de este círculo vicioso al espíritu que en él naufraga.

No es, por tanto, la sociedad cristiana la ha que formado el mito evangélico.

Tampoco ha podido formarlo la sociedad pagana.

Cierto es, que el paganismo ha multiplicado las encarnaciones divinas; pero con perjuicio siempre de la unidad de esencia, que el Evangelio proclama.

El paganismo ha divinizado la naturaleza, pero de un modo mucho menos sublime, que como la diviniza el Evangelio, que une dos naturalezas en una misma persona, sin que jamás lleguen á confundirse.

La teología absurda, la moral impura, los ritos crueles y obscenos del paganismo, están en oposición abierta con la doctrina, con las costumbres y con la disciplina que el Evangelio enseña.

La razón, entonces, no puede admitir que el dogma, ni la moral del Evangelio hayan podido ser el producto natural y espontáneo del dogma y de la moral del paganismo.

Tampoco pudo formarse el mito evangélico por la sociedad judía.

Los judíos, desde hacía veinte siglos, estaban apegados á la idea que su nación había concebido del Mesías.

Como ya se ha hecho notar, el Mesías que los Hebreos esperaban, había de ser poderoso en obra y en palabra.

El Mesías que presenta el Evangelio está hundido en un abismo de humillaciones, de oprobios y de dolores.

El Mesías del Evangelio, es el Verbo, hecho hombre; pero es el Mesías, hecho un gusano, según la palabra profética y la abyección de la parte más baja de la sociedad.

No era posible que la sociedad judía crease el mito evangélico.

Imposible era, también, que la sociedad romana y la sociedad judía unidas lo engendraran.

El paganismo y el judaismo, dice el Padre Monsabré, estaban tan profundamente divididos, en cuanto á su esencia, que era imposible que se confundiesen por mutuas concesiones y pacíficos acomodamientos, en una misma transfiguración de hechos, en una misma transformación de ideas.



Pero demos que, no obstante estas incompatibilidades radicales, se ocultase en algún repliegue obscuro del judaismo ó del paganismo, el embrión divino que más tarde debía abrirse y traer en derredor suyo á todos los espíritus que abrazaran el cristianismo.

¿Cuánto tiempo necesitaba ese embrión para desenvolverse?

El mito evangélico, desde sus orígenes, apareció vigoroso, de potente vitalidad, y hoy mismo, á pesar de las mil heridas que ha recibido en el curso de su existencia, no parece próximo á extinguirse.

Midiendo sus proporciones, dice el Padre Monsabré, sintiendo palpitar sus fuertes arterias, se comprende la necesidad de una larga gestación.

Según la estimación de los expertos, para un mito pequeño, en una sociedad rudimentaria, se necesitan cien años, ni más ni menos.

Para el mito evangélico, ese tiempo es corto.

Ese mito se desenvuelve, según los datos de la historia, en una sociedad ya formada, es decir, en una sociedad la menos apta para la generación de leyendas y de fábulas.

Se desenvuelve en un medio, en que la per-

sonalidad de su fundador es perfectamente comprendida, abundan los detalles, las indicaciones de los lugares, las circunstancias y épocas precisas.

Racionalmente puede suponerse que necesita una gestación de tres siglos: esta es al menos la opinión de los peritos en mitogenia.

Según el Dr. Strauss, la elaboración del mito evangélico no ha podido comenzar, sino á la muerte de los Apóstoles, es decir, al fin del primer siglo: debió, entonces, aparecer en su forma definitiva, al fin del cuarto siglo.

Pero la historia comprueba, que al concluir el cuarto siglo ya el Evangelio tenía doscientos cincuenta años de vida: la crítica ha fijado la existencia del Evangelio en la mitad del segundo siglo.

Entonces es preciso admitir que esta fábula colossal se formó en cincuenta años, mientras que las raquíticas fábulas de los tiempos antiguos, necesitaban un siglo entero.

Preciso es confesar, ante la luz esplendente de la razón, que las teorías alemanas sobre el mito evangélico, son absurdas y que le falta al mito analogía, inventores, y tiempo para formarse.



La transformación del relato evangélico por medio del sistema mítico, no podía ser la última palabra del racionalismo.

Le quedaba un expediente todavía: admitir la autenticidad del Evangelio y corromperlo.

Dos sistemas se han ensayado para lograr ese intento: uno que pudiera llamarse, como le llama el P. Monsabré, el sistema de la corrupción brutal, y otro que puede ser denominado el sistema de la corrupción hipócrita.

Hubo algunos que, con un atrevimiento inconcebible, aprensaron, por decirlo así, el texto evangélico, para hacer que de él brotaran torrentes de blasfemias.

Jesús, tan admirable y tan amado desde hace dieciocho siglos, no era para esos hombres, que corrompían el texto evangélico, más que un vagabundo, un pordiosero, un perezoso, un hombre que comía bién y de sospechosas costumbres, un mal hijo, un juglar, un agitador, un impío y un condenado por la más justa de las sentencias y castigado con un suplicio digno de sus crímenes.

Así hacen aparecer á Cristo los que, corrompiendo de esta manera salvaje el Evangelio, afir-

man que ese era el hombre cuya vida y milagros se refieren en aquel libro.

«He leído esas blasfemias, dice el P. Monsabré, con los ojos llenos de lágrimas, ofendido en mi fe y martirizado en mi más dulce amor.»

«Después de haberlas leído, se vuelve de esa lectura con un arrepentimiento tan profundo, como fué abominable el pecado de aquellos que las escribieron.»

Nada hay que pueda sostener estas teorías; por sí solas se deshacen; no se necesitan razonamientos para destruirlas.

Pero hay otro género de corrupción más despreciable si se quiere, como dice el P. Monsabré, porque en ese sistema se mezcla la lisonja al asesinato.

A la luz de este sistema, Cristo entra en la condición humana, de donde le ha hecho salir la admiración.

Renan es el que utiliza este sistema: trata de explicar lo que fué Cristo y lo pinta á su manera.

Describe la Galilea y sus encantos, los viajes poéticos de los Apóstoles, los festines, las nupcias eternas y la deliciosa vida de los pastores.

Le da á Jesús un sentimiento exquisito que le



hace contemplar la naturaleza, un corazón tierno, un alma que es un idilio; lo hace el más encantador de todos los Rabbi, pero ese hombre no es un Dios á los ojos del racionalista francés.

Un poco de envidia con San Juan Bautista, un poco de vanidad, un ligero tinte de exaltación democrática y religiosa, una dulce complacencia en las piadosas astucias de sus amigos moderan el vivo resplandor de sus cualidades y de sus virtudes, é impedirán que entre en el mundo divino, de donde los cristianos lo habíamos hecho salir.

Los racionalistas de la escuela de Renan, no entristecen la agonía de Cristo, como los predicadores de la pasión, con el espectáculo odioso de los pecados del mundo.

Hacen aparecer las claras fuentes de Galilea, donde ha podido refrescarse; la viña ó la higuera, bajo las cuales pudo tomar asiento; las hermosas jóvenes que habrían, quizá, consentido en amarle.

No olvidan á los Apóstoles, esas buenas gentes, como ellos les llaman, ávidas de lo desconocido, ni á los publicanos, ni á las amables pecadoras, ni á Magdalena y su opulenta belleza.

Hacen notar que los fariseos han sido heridos

en extremo, y aminoran, ya que no pueden excusarlo, el crimen de Judas.

Les dan á los sumos sacerdotes sus nombres hebreos, hacen aparecer inocente á Pilatos, disculpan á los soldados que escupieron el rostro del condenado, suponiendo que eran legionarios, y que no pertenecían á la milicia romana, explican bien en qué consiste el suplicio de la Cruz, y al fin terminan proclamando, que entre los hijos de los hombres, no ha nacido uno más grande que Jesús.

Así corrompen el Evangelio, y de ese modo lo presentan fundado en un sofisma, y erizado de muchos, *poco más ó menos* á cada paso.

Ese Evangelio creado por el racionalismo, es un Evangelio, dice el Padre Monsabré, cuyo héroe es al de la historia, lo que un desabrido romance á una sublime realidad; un Evangelio poco estimado de los franceses, despreciado de los alemanes, condenado en Roma, y que tendrá el privilegio del aislamiento, hasta que el olvido lo haga desaparecer.

Ese Evangelio que han querido presentar los racionalistas, se refuta por la simple exposición de las corrupciones históricas de que está lleno desde el primero hasta el último de sus capítulos.



Podrán hacerse algunas otras objeciones contra la autenticidad de los Evangelios; pero no hay que ocuparse de ellas, porque, como se expresa el Padre Monsabré, son objeciones parásitas que caen con los troncos corrompidos sobre las cuales vegetan.

Cualesquiera que sean esas objeciones todas tienen, con las que se han refutado en estos artículos, un origen común, es decir la lectura viciosa del Evangelio.

Todos los que tratan de destruirlo, agrega el Padre Monsabré, es porque no han sabido leerlo.

Con el espíritu turbado por las preocupaciones, con ideas preconcebidas, con propósitos malignos, se han arrojado sobre el texto sagrado, y su adorable candor no ha hecho más que irritar en sus corazones el amor de la contradicción.

Para todo lector así dispuesto, el Evangelio es letra muerta.

No debemos terminar estos artículos sobre el Evangelio, sin transcribir estas preciosas palabras del P. Monsabré: Escuchad, decía á los que asistían á sus Conferencias Conventuales, este consejo de mi amistad: Todos los días cuando el ruido de los negocios haya cesado, cuando la agi-

tación de nuestra vida pública se apacigüe, tomad el Evangelio, poneos de rodillas un instante y decid á Dios: Señor, ilumina mis ojos para que no encuentre la muerte en donde has puesto la vida; Señor, dirígeme y enséñame la verdad. Levantaos después, leed un cuarto de hora, un cuarto de hora solamente.

Entonces, si tenéis dudas, sentiréis que se funden como la escarcha á los primeros rayos del sol; si vuestra alma está turbada por las preocupaciones, sentiréis que se disipan como las nubes al soplo de la brisa; si vuestro corazón está marchito, sentiréis que se purifica como el oro bajo la acción de un fuego abrasador.

Entonces veréis mejor, amaréis mejor: la fe y el amor se aumentarán el uno con el otro, por una nueva penetración, y podréis decir bañados en dulces lágrimas: Dios mío, estos testimonios son más dignos de crédito que todo lo que se puede creer. *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.*



## DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Con los precedentes que dejamos establecidos, tiempo es de estudiar el carácter admirable de ese hombre, cuya historia describen los Evangelistas.

Reinaba, en la Ciudad Eterna, el Emperador Tiberio.

El águila romana tenía estrechado el mundo entre sus garras vigorosas, y el Universo estaba á sus piés.

Bajo el peso de cuarenta siglos de crímenes, el género humano caminaba arrastrando con pena las cadenas de su larga esclavitud.

La luz se había alejado de los espíritus, la vida de los corazones y la tierra estaba fría y tenebrosa.

Un día, entre las cimas del Carmelo y del Tabor, entre las riberas del Jordán y las orillas del gran mar, se levantó un hombre.

Una mujer hermosa, pero pobre, había recogido su primer suspiro y había enjugado su primera lágrima.

Humilde morada abrigó los primeros años de su infancia, y el trabajo de obrero había regado con sudor su frente.

Después de treinta años de silencio y de oscuridad, ese hombre se presenta á la tierra asombrada, y le dirige estas extrañas palabras:—Yo soy la luz del mundo—Yo soy el principio y el fin—Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Y uniendo la acción á la palabra, da vista á los ciegos, alivia á los enfermos, anda sobre las olas y serena las tormentas.

La muerte, á su voz, devuelve á sus víctimas y el sepulcro suelta sus presas.

Y sin embargo, la Sinagoga tiembla sobre la cátedra de Moisés, la envidia aguza su dardo, el orgullo destila su veneno, el odio lanza un grito de muerte, y un día, en una ciudad de Oriente, aquel hombre espira clavado en la cruz.

Pocos siglos después, esa cruz se convierte en un trono, esa tumba se cambia en un altar, y al rededor de ese trono y al pie de ese altar, el mundo civilizado adoraba en silencio, al niño de Belén al hijo de María, á Jesús de Nazaret, al resucitado del Calvario.